



JODI ELLEN
MALPAS

ATRACCIÓN
SIN REGLAS

— EL ENIGMA —



Volumen 2

booket

Jodi Ellen Malpas

El Enigma

Atracción sin reglas, 2

Traducción de Milo J. Krmpotić



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jodi Ellen Malpas, 2021

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2024

Depósito legal: B. 11.533-2024

ISBN: 978-84-08-29002-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

JAMES

Miami, en la actualidad

Me quedo bajo el chorro de la ducha, inmóvil, con el cuerpo pesado, el agua caliente bombardeando mi espalda. Debería dolerme, debería quemarme. Si no fuera porque ya sobreviví a otro infierno. Me miro los pies descalzos y los restos de agua manchada de sangre que se van por el desagüe.

Estoy limpio.

Salgo y me paso una toalla alrededor de la cintura, cojo el aceite del lavabo y me echo un poco en la mano. Me lo unto en las palmas y las masajeo mientras miro el reflejo que me ofrece el espejo. La adrenalina ya ha desaparecido. Se ha desvanecido, me ha abandonado y no ha dejado más que un ansia renovada por cometer un nuevo asesinato. Se me están acabando los objetivos. ¿Y entonces qué? Solo puedo esperar y rezar porque, al final de este camino de sangre y muerte, me aguarde la paz que necesito. Ya no puedo existir en el mundo sin la venganza. Sin venganza, no hay paz. Y, si no tengo ninguna de las dos cosas, más me valdría estar muerto.

Me paso la mano por el hombro y comienzo a aplicarme la loción en la parte alta de la espalda; vuelvo a sentir la quemazón sobre mi piel. Han pasado años, pero me sigue doliendo, atormentando.

Llaman a la puerta del baño y vuelvo la vista hacia el sonido.

—¿Qué pasa?

Goldie entra. Me ve frotándome la espalda y, a continuación, evalúa la expresión de mi cara. Es evidente que no le gusta lo que ve, pero no dice nada.

—El hombre que se ha ido de la escena en coche... se llama Spittle. Al parecer se ha aburrido de estar jubilado.

—Interesante —digo, y comienzo a trabajar en el otro lado de la espalda. ¿Y qué está haciendo un exagente del FBI con un contacto del Oso?

—Aquí tienes su número. —Me muestra un papel y se hace a un lado. Lo cojo al pasar junto a ella, camino del despacho. Me siento ante el escritorio y saco un móvil del cajón. Marco el número y me recuesto.

—Agente Spittle... —digo en voz baja cuando contesta—. O, mejor dicho, exagente.

—¿Quién es?

—Tenemos que hablar sobre lo que hiciste ayer por la noche. —Sonrío al ver cómo coge aire con pesadez y apunto el mando contra el panel de pantallas que tengo delante, dirigiendo el cursor hacia el icono de «enviar» de la grabación que muestra el televisor del centro. Es un vídeo en el que Spittle se aleja de Adrian Wallace, un hombre que me consta que está relacionado con el tráfico de drogas y que en tiempos recientes ha mantenido contactos con los hombres del Oso. Spittle lleva un maletín en la mano. Se sube al coche delante de un almacén abandonado y se aleja.

Otro suspiro.

—Oh, aún no has visto lo mejor... —digo, burlón, en el momento en que se oye un disparo y Adrian Wallace, también co-

nocido como el Águila, se desploma como un saco de patatas—. Ese fragmento —digo, pensativo— es mi parte favorita de la película.

—¿Está muerto? —pregunta Spittle en voz baja; sin duda está empapando el móvil con sudor mientras contempla el cuerpo inerte de Wallace.

—Yo diría que sí, pero aún no han encontrado su cuerpo. Debo decir que esto no te deja en muy buen lugar, Spittle. Dime, ¿por qué querrías reunirte con un hombre que mantenía relaciones con traficantes de drogas? ¿Lo hiciste para consumo propio?

—Me cago en la puta —susurra—. ¿Quién coño eres?

—Soy el principio de tu fin. —Cierro la grabación y abro la foto policial de Adrian Wallace, tecleando «FALLECIDO» sobre su ficha—. O podría ser un nuevo principio para ti. La decisión es tuya.

—Eres británico.

—Ya veo por qué hiciste carrera en el FBI. —Puto gilipollas—. ¿Mi nacionalidad es un problema o es que solo te dejas corromper por ciertos grupos étnicos?

Se ríe nerviosamente.

—Bueno, los británicos tenéis la costumbre de dejar impresiones duraderas por aquí.

—Eso he oído. —Se refiere al Británico. El asesino de la cara de ángel. Brutal. Despiadado.

Muerto.

—¿Qué quieres? —pregunta Spittle.

—Aún no lo sé, pero mantente a la espera. —Cuelgo y giro los hombros, sintiendo la tensión acumulada. No en el músculo, sino en la piel.

—Lo más probable es que no haya un buen momento para contarte esto —dice Goldie, y mi mirada sale disparada hacia ella, en el umbral de la puerta—. Beau Hayley ha recurrido la sentencia sobre la muerte de su madre.

Exhalo. Los viejos fantasmas regresan para acosarme. Junto con los nuevos, parece. Noto que Goldie me observa, me vigila, se pregunta qué coño estaré pensando.

—¿Qué coño te está pasando por la cabeza? —pregunta dirigiéndose a la silla que hay al otro lado del escritorio—. Odio cuando pones esa cara.

Me acaricio el mentón, notando su aspereza mientras lo moldeo con los dedos.

—¿James?

La miro por un instante, la cabeza me va a mil por hora, y acto seguido cojo el móvil y vuelvo a llamar a Spittle.

—Averigua cómo va la apelación sobre la muerte de Jaz Hayley.

—¿Jaz? ¿Qué quieres de Jaz?

—No estás aquí para hacer preguntas. Estás aquí para contestarlas.

—Van a rechazar la apelación —dice en voz baja.

—¿Y la hija?

—¿Qué pasa con ella? Aún no lo sabe.

—Aún —murmuro. Me llevo una mano a la frente y la froto para liberarme de la tensión. Beau no piensa rendirse hasta que se le haga justicia a su madre y yo sé mejor que nadie que no hay justicia en este mundo. Como para reforzar esa idea, un hormigueo recorre mi espalda. Las imágenes de mi familia, de toda mi puta familia, desfilan por mi mente. Me apresuro a alejar esos pensamientos y vuelvo a concentrarme en el problema que tengo entre manos: Beau Hayley.

Por el amor de Dios. ¿Es que esa mujer quiere morir? Diría que se trata de una pregunta estúpida teniendo en cuenta su historial médico desde la muerte de su madre. Y me siento identificado. Yo pasé por lo mismo. Quise morirme una y otra vez. Como he dicho, no hay justicia en este mundo. Así que aprendí a hacer justicia a mi manera.

—Mándame su número.

—¿El número de quién? —pregunta Spittle, confundido.

—El de Beau Hayley.

—¿Por qué?

—¿Me acabas de hacer otra pregunta?

—No. —Spittle suspira, suena completamente derrotado—.

Dios, qué cansado estoy.

—Yo también. Estoy exhausto. Exhausto de tanto esperar, joder.

—Dime quién eres.

—Consígueme el número de Beau Hayley. —Cuelgo y tiro el móvil dentro del cajón, exhalando mi frustración.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Goldie—. ¿Llamarla y pedirle con amabilidad que se retire?

La miro sin decir nada. No es necesario. Mi cara debe de decirlo todo. «Vete a la mierda, zorra sarcástica.»

Goldie inclina la cabeza.

—Han pasado dos años. Tienes los registros de llamadas de Jaz y no hay nada en ellos. He comprobado el contenido de todas las cajas de seguridad y nada. Si compartió o escondió información sobre ti, sobre tu nombre o cualquier cosa, a estas alturas ya lo sabrías.

—Tengo un mal presentimiento. —Me pongo en pie y me dirijo a la sauna. Necesito sudar para quitarme de encima parte de este estrés.

Necesito arder.

Arder y saber que no voy a morir.

Me desnudo dejando la ropa en una pila ante la puerta. El calor me golpea con la fuerza de un ladrillo y miro el termómetro de la pared posterior: ochenta y dos grados.

Me siento en el banco superior y saco un poco de agua del cubo. La tiro sobre la estufa y el vapor se eleva e inunda el espacio.

Me vuelvo invisible.

Me recuesto contra la madera y cierro los ojos. Oigo los gri-

tos al instante. Gritos que solo se pueden asociar a la muerte. Los gritos de mi madre, de mi padre, de mi hermana... quemándose vivos.

Abro los ojos en la oscuridad y me inclino hacia delante y pongo la mano sobre la rejilla de la estufa. El carbón ardiente queda a apenas tres centímetros de mi palma. Me quedo quieto absorbiendo el dolor, el calor. Porque no moriré. Este fuego no me matará.

Cierro el puño apretándolo para alejar la quemazón y me tumbo, levanto la mano y le doy la vuelta al reloj de arena. Quince minutos. Le daré la vuelta otras cuatro veces antes de permitirme abandonar este infierno.

Nunca será suficiente.

Capítulo 2

BEAU

Miami, en la actualidad

La capacidad de una persona para huir depende de su capacidad de imaginar. Yo he perdido la imaginación. Lo he perdido todo. Estoy atrapada..., atrapada en un mundo que para mí ya no tiene sentido. Atrapada en un cuerpo que no puedo mirar. Atrapada en unos pensamientos que me gustaría arrancar físicamente de mi cabeza, que se vuelven borrosos y se funden hasta quedar en nada. He olvidado lo que es la felicidad. Es más seguro no sentir, ignorar que estoy jodida, que soy un caso perdido.

Aceptar que estoy sola.

Renunciar a la esperanza... de que pueda volver a ser normal.

Porque, sin esperanza, tampoco hay decepción.

—¿Has pensado en acabar con tu vida, Beau? —pregunta la doctora Fletcher, y yo parpadeo, levantando la vista de mi regazo y saliendo de mi aturdimiento.

«Constantemente.»

—Nunca —digo con tranquilidad, consciente de que la respuesta alternativa hará que me envíen directa a un hospital psiquiátrico. Nunca más.

Ella posa la mirada en mis muñecas, y yo la acompaño. Me aclaro la garganta y me bajo la manga de la camisa, sujetando el puño con los dedos.

—Cuéntame lo que has hecho hoy —prosigue, y sonrío para mí misma—. ¿He dicho algo divertido?

Me obligo a mirarla. Podría golpearle la cara a esta mujer tan centrada, tan llena de calma y serenidad, sin sentir un ápice de culpa.

—Nada me divierte. —Ya no. En mi vida no hay lugar para eso.

—Has sonreído. —Cruza sus piernas esbeltas, perfectas e inmaculadas..., la peor tortura. Un recordatorio de que yo soy cualquier cosa menos inmaculada. Cualquier cosa menos perfecta. La doctora Fletcher no debería ser terapeuta. No tiene defectos, y eso bastaría para que la persona más cuerda acabe perdiendo los nervios—. Cuando una persona sonrío, se supone que algo le divierte —añade.

—Me divierte estar aquí —contesto con sinceridad—. Estoy aquí, pero no quiero.

Ella sabe que no estoy hablando de las sesiones con distintos terapeutas que, a lo largo de los últimos dos años, me han costado una pequeña fortuna y no han servido para acabar con mi odio ni con mis demonios. Me refiero al mundo, a la vida. Y, sin embargo, cada vez que me convengo a mí misma de que hay una salida, esa parte pequeña y exasperante de mi cerebro sale a la superficie y hace que me aleje de la cuchilla, de la soga, de las pastillas.

Es la voz de mi madre.

Suena la alarma y cojo aire, dispuesta a levantarme de la silla.

—Ha sido un placer, doctora Fletcher. —Le sonrío y ella resopla, soltando una pequeña carcajada de incredulidad. Estoy

segura de que no ha sido profesional por su parte, pero no puedo culparla. Ya lleva seis meses aguantándome. Seis meses enteros y sin sentido. Y seguiré viniendo. La alternativa es un hospital. No estoy dispuesta. Me dejo la piel cada día intentando que todos los que me rodean piensen que estoy bien. Interpretar ese papel no funciona con la doctora Fletcher. Estoy enferma, no cabe duda. Envenenada por el odio y la amargura. Ya me he acostumbrado. Me siento cómoda con ello. Lo acepto.

—Nos vemos la semana que viene, Beau. —La doctora Fletcher desenreda sus largas piernas y se pone en pie, dejando el cuaderno encima de la lustrosa mesa de madera que hay entre los dos sillones—. Me gustaría mucho oír que intentas hacer algo nuevo.

—¿Como qué? —le pregunto mientras me cuelgo el bolso del hombro.

—Salir a cenar a un restaurante, a tomar algo a un bar, quizás incluso acudir a uno de los espectáculos en los que trabaja tu tía.

—Pensaba que ya habría aprendido a gestionar sus expectativas. —Le dirijo una sonrisa irónica y ella me devuelve una tan radiante que me ciega. No recuerdo la última vez que lucí una sonrisa tan amplia que me dolió la cara. Me entran aún más ganas de darle un puñetazo.

«Estaba con mamá.» La última vez que sonreí con esa alegría estaba con mamá.

—No pienso tirar la toalla contigo, Beau —me dice.

¿No es algo que todos los terapeutas deberían decir a sus clientes?

—Todo un detalle por su parte. —Pero no sirve de nada—. Adiós.

Salgo de su consulta y bajo por la escalera. En cuanto salgo a la calle, inspiro con urgencia, como si me hubiera pasado los últimos cuarenta y cinco minutos conteniendo la respiración.

La triste realidad es que me siento como si hubiera estado

haciéndolo durante cada minuto de los últimos dos años. No recuerdo lo que se siente al respirar con normalidad. Al no tener que pensar en cada inspiración y espiración, solo para asegurarme de que en realidad sigo viva.

Para que, a continuación, de manera inevitable, se me caiga el alma a los pies al ver que sí.

Es un círculo vicioso. Un carrusel constante, tortuoso y mareante del que no puedo bajarme.

Es puro sufrimiento.

¡Bang!

Pese a que esperaba el estallido estridente al aparcar en la parte trasera de la ferretería Hardy, se me sale el alma por la boca. Tengo que tomarme unos instantes para que se me calme el corazón. Como cada maldita vez.

Reprimo el recuerdo inminente y abro los ojos, encontrándome a una anciana con la mano sobre el pecho.

—Lo siento. —Le dirijo una pequeña sonrisa antes de apagar el motor de mi Mustang maltrecho y bajarme de él. No me molesto en cerrarlo con llave, nunca lo hago, y entro en la tienda. El olor... Dedico un momento a inspirarlo. Pintura, metal, madera..., una mezcla embriagadora que siempre acierta a calmarme.

Veo al señor Hardy detrás del mostrador, enrollando una cuerda alrededor de la mano, con el mono decorado por los muchos años que lleva de servicio en el centro de Miami. El cabello, áspero y canoso, le cae sobre los ojos, y su barba parece necesitar que la acicalen bien. Levanta sus ojos brillantes y yo me acerco a él y me inclino sobre el mostrador, obligándome a no mirar la cuerda. En su lugar cojo uno de los caramelos de menta que guarda en un frasco al lado de la antigua caja registradora.

—Beau... —dice con su pesado acento del sur—. ¿Cuánto aceite piensa verter esa vieja tartana tuya delante de mi tienda?

Hago crujir el caramelo entre los dientes y él se estremece.

—Mi coche llora, señor Hardy. Lloro porque todo el mundo se porta mal con él.

Suelta una risita y deja la cuerda enrollada a un lado antes de coger también un caramelo. Pero no lo muerde, porque la dentadura postiza se lo impide.

—¿Cómo va el trabajo, Beau?

—Lento —admito, apática—. Pero no me preocupa. Ya saldrá algo pronto.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—La tía Zinne quiere que le redecore el dormitorio. —Cojo uno de los muestrarios de pintura y comienzo a ojearlo. No hace falta redecorarlo. Lo hice hace unos meses, pero, al parecer, se ha aburrido del color amarillo canario y de las rayas turquesas. No tiene nada que ver con el hecho de que esté intentando mantenerme ocupada—. Sus instrucciones son que quiere algo suntuoso y sexi.

El señor Hardy se ríe y se inclina para examinar los colores conmigo.

—No esperaba otra cosa de tu tía. ¿Qué te parece ese? —Señala un color rosa oscuro que es exactamente del gusto de Zinne.

Ladeo la cabeza, sopesando con qué podría combinarlo.

—Con azul medianoche —digo, y paso las muestras en busca del tono adecuado. Lo encuentro en un instante, es el matiz perfecto—. Me llevaré cuatro litros de cada.

El señor Hardy asiente con la cabeza, se dirige a la máquina de mezclar la pintura y comienza a cargarla. Mientras tanto, yo me acerco al primer pasillo para coger una brocha nueva, del mismo tipo que uso siempre. La brocha en la que me insistía mi madre, la que me ha convertido en una decoradora medianamente decente, pero no encuentro ninguna en el lugar donde debería estar.

—Señor Hardy... —Asomo la cabeza por el extremo del

pasillo—. ¿Dónde están las brochas de cinco centímetros con cerdas naturales?

—Ah... —Levanta la vista mientras introduce una lata de base blanca en la máquina de mezclar—. Han dejado de hacerlas.

—¿Qué? —¿Es pánico lo que se desata en mi interior? Era mi brocha marca de la casa. La única brocha que puedo usar en las juntas para conseguir una línea recta impecable. Mamá probó con muchas otras y no tenía rival—. No pueden dejar de hacer nuestra brocha.

—Se lo haré saber —contesta, irónico, antes de cerrar la puerta de la máquina y situarse delante del ordenador, donde teclea los códigos de los tonos que le he pedido.

Dejo caer los hombros y regreso al estante, frunciendo el ceño al pasar los dedos sobre otras brochas. Me decanto por una alternativa mediocre y tomo nota mentalmente de que debo buscarla en Google cuando llegue a casa. Siento una punzada de culpa al coger unas cubetas y cubiertas para rodillo antes de seguir por el pasillo. No debería recurrir a internet. Es como una traición. La tienda del señor Hardy lleva cuarenta años situada entre dos viejas fábricas del centro de la ciudad. Es el único lugar al que recurro para comprar los suministros de decoración. Mi madre me enseñó que debía apoyar los negocios locales. Además, es un sitio relajante. Y nunca está a rebosar.

—Pero no tienen nuestro pincel, mamá —digo en voz baja, inspeccionando las estanterías como si no supiera ya lo que hay en todas y cada una de ellas.

Me detengo delante de los cuchillos, inclinando la cabeza.
«Sigue avanzando.»

Unos pasos más y llego a la sección de las cuerdas. Las hay de grosor variado, de diversos colores y resistencias. Alargo el brazo y tiro de una de las más gruesas, la más resistente.

«Sigue avanzando.»

Me apresuro a dirigirme a la parte delantera de la tienda y

dejo la brocha de recambio sobre el mostrador haciendo un pequeño mohín mientras la máquina comienza a sacudirse y los ruidos y golpes del proceso de mezclado llenan la tienda.

—Supongo que tendré que usar esta —grito por encima del ruido.

—Amplía tus horizontes, Beau —contesta el señor Hardy, que mira hacia la máquina con el ceño fruncido cuando esta pega un salto hacia él. El aparato está en las últimas desde que tengo memoria, pero, como soy la única persona que le pide que mezcle pinturas, el señor Hardy se resiste (comprensiblemente) a cambiarla.

—Señor Hardy, ¿cuándo piensa jubilarse? —Ya debe de tener setenta y tantos, y me consta que el negocio cojea. Soy su mejor cliente. Podría ser su único cliente. Nunca veo a nadie más por aquí.

—¿Y qué hago entonces? —me pregunta antes de apagar la máquina y abrir el compartimento.

—Relajarse. Dedicarse a alguna afición.

Introduce otro tubo de base blanca y aporrea algunas teclas más en el ordenador, cerrando la puerta y conectando la máquina de nuevo.

—Mi afición es el trabajo. —Levanta la tapa del primer tubo y el brillo del rosa nos ciega.

—Perfecto —decimos al unísono.

Mientras el señor Hardy se ocupa del resto de la pintura, cojo yo misma una bolsa y meto en ella las compras, y a continuación me pongo a hojear un periódico local. Mi mirada deja de revolotear de aquí para allá cuando un artículo con la foto policial de un hombre al que reconozco llama mi atención.

—Dios... —digo en un susurro, y extendiendo el periódico para poder leer el artículo.

—Ah, sí —mete baza el señor Hardy, y al levantar la vista veo que está mirando la foto policial—. Han sacado su cuerpo del río.

—El Serpiente. Mamá se pasó años siguiendo sus pasos —digo en voz baja, y trago saliva con dificultad—. Siempre se las arreglaba para escaparse *in extremis*.

El señor Hardy sonrío, compasivo.

—Bueno, está claro que quien le rebanara la garganta antes de tirarle al río no dejó que se le escapara *in extremis*.

—¿Le cortaron la garganta? —pregunto, y retomo la lectura del artículo.

—Sí. Y la lengua con la que ordenó todas esas muertes... se la rebanaron. Creen que lleva al menos dos años en el fondo del río.

—Muy bien.

—En efecto. —Otra sonrisa compasiva. Sé lo que toca ahora, pero, antes de que pueda detenerle, él lo pregunta—: ¿Qué crees que habría pensado Jaz? —Dirige un rápido movimiento de cabeza al periódico y yo vuelvo a mirar la imagen.

—Creo que la habría cabreado que alguien le matara antes de poder llevarle ante un juez y un jurado. —De hecho, no lo creo. Lo sé. Mamá siempre dijo que la muerte no era forma de impartir justicia. La justicia se imparte cuando te encierran hasta que te mueres. Cuando temes por tu vida ahí dentro, donde hay una cantidad interminable de presos sedientos de sangre deseando tenerte por debajo en el orden jerárquico. Deseando marcar su territorio, ejercer su poder. La justicia se imparte desde la legalidad. En su momento habría estado de acuerdo. Pero ahora..., ahora ya no creo para nada en la justicia.

—¿Qué llevas en la bolsa? —me pregunta el señor Hardy mientras vuelve con el segundo color. Comienzo a doblar el periódico, pero algo más llama mi atención. Otro artículo, este dedicado a un empresario local. Mi padre. Por supuesto, frunzo los labios. Ahí está, todo trajeado y con zapatos buenos, con aspecto orgulloso frente a un nuevo edificio de South Beach. Un edificio que ha construido él. Leo el artículo con el ceño fruncido. El periodista insiste en los donativos de mi padre y en

sus servicios a la comunidad, y pongo los ojos en blanco. Solo está tratando de lidiar con la sensación de culpa, de redimirse. Todas estas buenas acciones son para reducir las posibilidades que tiene de acabar en el infierno.

—¿Ese es tu padre, Beau?

—Sí, es mi padre —digo en voz baja y le cierro el periódico en la cara—. O santo Tomás, si lo prefiere. —Lo dejo en la pila.

El señor Hardy suelta una risita, se saca la navaja del mono y abre con ella la tapa del segundo color.

—Muy bonito.

Estiro el cuello para verlo.

—Le encantará. —Saco la tarjeta de crédito del bolso—. Me llevo dos cubetas grandes, dos cubiertas de rodillo y dos brochas que no son la de Beau y Jaz. —Le dirijo una sonrisa dulce y él lo marca todo en la caja.

—Setenta y cuatro pavos clavados, pero lo dejaremos en setenta por la molestia. —Se lleva la mano a la barba y comienza a acariciársela, como tiene por costumbre, mientras le pago y recojo la compra—. Me alegro de verte, Beau.

—Lo mismo digo, señor Hardy. No trabaje demasiado.

Se ríe. Al salir de la tienda el timbre de la puerta repica con fuerza. Dejo las cosas en el asiento trasero y tiro del asiento del conductor para devolverlo a su sitio, resoplando.

Se oye un estallido. Me estremezco.

Hace clic y queda ajustado. Suspiro de alivio.

Me subo, hago girar la llave en el contacto y comienzo a recitar el mantra habitual:

—Venga, Dolly, que tú puedes. Venga. Venga. Venga.

¡Bang!

El coche cobra vida con un rugido y traquetea mientras me incorporo al tráfico. Llamo a Nath para decirle que estoy de camino.

Me detengo detrás del coche de Nath, frente al restaurante del callejón, y, en cuanto Dolly anuncia su llegada con otra explosión, él se baja del BMW y comienza a negar con la cabeza.

—No tiene sentido que conserves ese coche —dice mientras me acerco a él y tiro de mi manga hasta que puedo sujetarla con los dedos cerrados sobre la palma de la mano. Nath se da cuenta—. Sé que tiene valor sentimental y todo eso, pero esa maldita cosa te da un susto de muerte cada vez que pones en marcha el motor.

—Ya estoy acostumbrada —miento. Nunca me acostumbraré a las explosiones, pero tampoco me desharé nunca de Dolly—. ¿Cómo estás? —Me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla, y él me rodea la espalda con la mano de esa manera amigable que le distingue.

—Muy atareado con varios casos. —Saca el móvil y lo mira antes de volver a guardárselo en el bolsillo interior—. Hoy parece estar bastante lleno —dice inclinando la cabeza hacia el restaurante—. ¿Quieres que nos sentemos fuera?

Miro por el ventanal y veo que la mayoría de las mesas están repletas de gente.

—Sí —contesto, y tomo asiento en la terraza, menos concurrida.

—¿Lo de siempre? —pregunta Nath antes de entrar, porque sabe que yo no lo haré.

Asiento con la cabeza antes de abrir la aplicación de aparcamiento en el móvil y pagar por una estancia de treinta minutos.

Cuando acabo, Nath está saliendo con las bebidas.

—Bueno, venga... —empieza a decir, mezclando el café con sus tres azucarillos—. Sé que no te estabas muriendo por verme la cara.

Aprieto los labios. Me preguntaría si soy tan fácil de leer, pero sé que con Nath es así.

—¿Hay alguna novedad sobre la apelación? —le pregunto, y el estómago se me encoge esperando su respuesta. Me pasa siempre.

—No hay novedades, Beau. Eso podría habértelo dicho por teléfono.

Dejo caer los hombros.

—Es que me estaba muriendo por verte la cara —digo, y él se ríe un poco—. ¿Cuánto pueden tardar en decidir? Sí, hemos aceptado su apelación. No, no la hemos aceptado.

—Sabes que en el cuerpo todo es política. La burocracia es interminable. Una persona dice que sí y la siguiente decide lo contrario. —Se inclina hacia delante y veo que el temido velo de compasión cubre su rostro.

—No me mires así —le advierto.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a decirme que no albergue esperanzas.

Él suspira.

—Blanco y en botella, Beau.

Aprieto los dientes.

—Joder, Nath, que lo encubrieron... Eso fue lo que pasó. Los coches no entran en combustión espontánea por sí solos, ¿verdad?

—El tanque tenía un escape, Beau. La policía científica lo demostró.

—¿En un Audi expedido por el Gobierno con un año de antigüedad? Vamos, Nath...

—Y estaba fumando dentro del vehículo.

—O sea, ¿que fue culpa de mamá? —digo, digiriendo mis propias palabras. Me duelen los dedos. Bajo la vista y veo que tengo los nudillos blancos de tanto apretar la taza, así que la suelto y dejo que circule un poco la sangre. Sinceramente, no recuerdo haberla visto fumar aquella tarde. Lo único que recuerdo es el terror grabado en su rostro. Sabía que estaba a punto de pasar algo.

—Yo no he dicho eso. —Nath suspira de nuevo—. Beau, tienes que olvidarte de todo esto o acabarás volviéndote loca.

—Eso ya lo he hecho —murmuro, desanimada, y él estira el brazo para cogerme la mano.

—Pues no vuelvas a hacerlo. —La empatía que veo en su expresión aumenta mi enfado. Estoy siendo injusta con Nath. Fue un gran amigo de mamá, el mejor compañero posible—. Jaz hubiera deseado que siguieras viviendo. Hubiera querido que regresaras al cuerpo.

—Nath... —Me inclino sobre la mesa—. Hay algo que no cuadra.

—Maldita sea, ¿cuándo te has convertido en una adepta de las teorías de la conspiración? Escoge tus batallas, Beau.

Me retiro y toqueteo la taza de café, admitiendo mi derrota. Pero solo de momento.

—He oído que al fin habéis localizado al Serpiente.

—Sí, en el fondo del río. Es evidente que alguien no recibió la circular anunciando que se le buscaba vivo o vivo.

—Es evidente que alguien tenía más ganas de verle muerto que la policía de atraparlo vivo. —Levanto una ceja y Nath suelta una risita—. Esta vez no pudo escapar serpenteando de su asesino, ¿eh? —prosigue—. Bueno, ¿quién crees que dio con él antes que mamá?

—Sabes que no puedo hablar del caso.

—Haz como si fuera mamá. —Me inclino hacia delante—. ¿Fue el Oso, que se volvió en su contra? ¿O fue el Enigma quien...?

—Tu madre está muerta, Beau —susurra Nath, y yo hago una mueca—. Mierda, lo siento.

—No te preocupes. —Sonrío, aunque me cuesta muchísimo—. Supongo que es algo que nunca te abandona, ¿eh?

—Cuando has sido policía, lo eres para siempre. —Sonríe y sorbe el café antes de apurarlo y sacar el móvil—. La pausa se ha acabado. —Gruñe al ponerse en pie y se coloca a mi lado. Se agacha para darme un beso en la mejilla antes de poner la mano sobre mi muñeca. Lo hace siempre. Como si así pudiera quitarme las secuelas—. Ollie te manda saludos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres añadir algo más para acabar de hundirme?

—Aún no ha superado lo vuestro.

—Era una pregunta retórica.

—Ya lo sé. —Nath contesta a la llamada y se aleja dando zancadas, subiendo al coche de un salto y marchándose a toda velocidad. No tengo la intención de quedarme aquí pensando en mi exprometido. Dejo el café casi sin haberlo tocado y me dirijo hacia Dolly, me subo y la pongo en marcha.

—Venga —digo en voz baja mientras se cala y hace ruidos renqueantes—. Venga, venga, venga.

Dejo de intentar arrancar el coche cuando comienza a salir humo del capó. Humo. Muchísimo humo. Una explosión estridente y, a continuación..., más humo. Lo inhalo. Lo trago. Me llevo el puño a la sien.

No puedo respirar.

No veo nada.

No puedo llegar hasta mamá.

«¡Beau!»

Golpeo el respaldo del asiento con la respiración acelerada y sacudo el cuerpo para quitarme de encima el recuerdo. Miro a mi alrededor y me aseguro de que la manga de la camisa no se esté derritiendo y de que mi carne no esté en llamas.

—Dios —digo en un susurro, y me tomo un instante para recuperarme. ¿Cuándo dejarán de acosarme estos recuerdos fugaces?

Me bajo del coche, me seco la capa de sudor de la frente y me obligo a regresar al presente. Respiro hondo con los ojos cerrados, tal y como me han enseñado, intentando «encontrar mi centro». Respira. Limitate a respirar. Espero hasta que he dejado de temblar y puedo inspirar sin estremecerme.

Abro los ojos y frunzo el ceño.

—Bueno, esto no tiene buena pinta. —Conozco este coche de arriba abajo. Sé cuándo está a punto de soltar un grito, de calarse, de renquear y de estremecerse. Pero este humo... es nuevo.

Suspiro, saco el móvil y entro en mis contactos, y luego en mis favoritos. Está arriba del todo: Reg, el vehículo de rescate.

Contesta al segundo timbrado.

—¿Dónde estás?

—En el centro.

—¿En el *diner* de Fred?

—Sí. —No me avergüenzo, eso dejó de pasar la cuarta vez que Reg vino a rescatarme. Ahora somos muy buenos amigos.

—Estoy en el autoservicio de Starbucks, a pocos minutos. ¿Quieres un *latte* de vainilla?

Me dejo caer sobre el asiento del conductor. Ya ha dejado de repetirme que tengo que deshacerme de Dolly.

—Me encantaría.

Cuelgo y enciendo la radio, suspirando cuando el *Heroes* de David Bowie viene a hacerme compañía. Apenas se le entiende, y la distorsión molestaría a la mayoría de la gente, pero es que mi vida últimamente está hecha de confusión y distorsiones. Me relajo y le echo un vistazo al móvil cuando comienza a vibrar en mi mano. Frunzo el ceño al ver un número que no reconozco y bajo el sonido a Bowie.

—¿Sí?

—Hola, soy yo —dice un hombre.

Ladeo la cabeza.

—¿Quién es yo?

—Yo.

Me aparto el móvil de la oreja y vuelvo a mirar el número. Decididamente no me suena. ¿Y ese acento inglés? No lo había oído nunca.

—¿Quién eres? —pregunto.

Siguen unos segundos de silencio, durante los que es probable que el hombre también esté comprobando su móvil.

—¿Te has equivocado de número? —pregunto.

—No eres Sandy, ¿verdad?

—No, soy Beau.

Hay un breve silencio antes de que hable de nuevo.

—Lo siento, buscaba a mi asistente de compras.

¿Asistente de compras?

—Bueno, pues yo soy pintora. Lamento decepcionarte.

Él suelta un «hum», pensativo, y yo me descubro haciendo rotar los hombros hacia atrás poco a poco, de manera extraña.

—Lamento haberte molestado.

—No ha sido molestia —contesto, y veo que el vehículo de Reg entra en la calle—. Debo irme, acaba de llegar mi príncipe azul. —Cuelgo preguntándome de dónde habrá salido esa divertida respuesta.

Me bajo de Dolly y le hago un gesto con la mano a Reg, como si no pudiera ignorar la nube de humo que flota sobre mi cabeza.

Aparca junto a mí y asoma la cabeza por la ventanilla, con el cigarrillo habitual colgando de un lado de la boca.

—Este humo es nuevo. —Me da el café con leche—. Unas pinzas no van a solucionar esto, preciosa.

Vuelvo a mirar a Dolly con cierta solemnidad.

—Pero puedes repararla, ¿verdad? —No soportaría tener que despedirme de ella.

—Vamos a subirla al camión y la llevaremos al taller. Si tiene arreglo, la arreglaré.

—Gracias, Reg.

Se pone a enganchar a Dolly al remolque mientras yo recojo las bolsas y la pintura del asiento trasero. Lo llevo todo hasta el camión de Reg y, cuando me estoy subiendo a la cabina, vuelve a sonarme el móvil. Miro la pantalla mientras me acomodo en el asiento y tiro vacilante del cinturón al responder.

—Hola, soy yo.

—Hola, «yo» —digo, poniendo los ojos en blanco.

—Necesito algunas cosas.

Levanto las cejas. Pero, a ver, ¿quién es este tipo?

—Tus deseos son órdenes.

—¿Perdón?

—Te daré lo que quieras.

Se hace un silencio y frunzo los labios.

—Tengo listos el papel y el lápiz —prosigo—. ¿Qué quiere el señor? ¿Un diamante para su novia? ¿Una caja de champán? ¿Algunos látigos para una orgía? —Reg se sube al camión y me dirige una mirada cargada de curiosidad. Me encojo de hombros y doy un sorbo al *latte*—. ¿O un poco de compañía femenina? —añado. ¿Qué necesitan hoy en día los ricachones con asistentes de compras y sin un puto problema?

Más silencio. Tanto que tengo que comprobar que no haya cortado. Sigue ahí. Vuelvo a llevarme el móvil a la oreja y oigo cómo inspira. Y espero.

—Me lo quedo todo menos el diamante —dice con aspereza. Suena oscuro.

Levanto las cejas poco a poco. No quiere el diamante. ¿No tiene novia ni esposa?

—¿Cómo le gustaría pagar al señor?

—Con sexo.

Me quedo mirando el parabrisas y él suelta otro «hum». Grave. Arenoso. Discretamente, me obligo a expulsar la tensión del cuerpo. Le oigo coger aire antes de hablar.

—Pero tú ya tienes un príncipe azul —añade.

Miro a Reg, que tiene entre los labios el cigarrillo que acaba de encender. En su barba se alojan algunos restos de comida, su nariz bulbosa luce un tono rojo brillante y es probable que esa gorra de béisbol no se haya lavado desde 1980. Queda claro que se da cuenta de que le estoy examinando y se vuelve hacia mí. Me sonrío, revelando cinco dientes en total. Sacudo la cabeza y le devuelvo la sonrisa.

—En efecto —contesto—. Me está rescatando en este mismo instante.

Reg enarca una ceja mientras comenzamos a bajar rugiendo

por la calle y yo le doy vueltas a esa idea en silencio. A la idea de que me rescaten, de que me rescaten de verdad.

—Entonces dejaré de llamarte —dice la voz sin atisbo de emoción.

—Disfruta de la orgía.

—Lo haré.

Y cuelga.